Seis ciudades, seis autores

La ciudad en la pluma

Leopoldo Lugones – Buenos Aires
Felisberto Hernández – Montevideo
Oswald De Andrade – San Pablo
José Carlos Mariátegui – Lima
José Vasconcelos – México
Fernando Pessoa – Lisboa

Leopoldo Lugones, repitiendo a Ruskin, postulaba que la memoria de los hombres está compuesta de piedras y poesía: arquitectura y literatura serían las ciencias dilectas convocadas para su comprensión. Hitos civilizatorios erigidos para domeñar barbaries no por imaginadas menos reales, las ciudades reclaman la voz de sus vates en el afán de cincelar sus rasgos más característicos. ¿Su finalidad? El improbable intento por dotarlas de alma. Pero una voluntad disconforme acompaña cada esfuerzo por pensar los modos de habitar la ciudad. Pues la modernidad incipiente, que aún no ha mostrado su contracara ominosa, auscultada en los textos de estas seis figuras liminares de las letras continentales, no exime de incomodidades manifiestas. Así, la nostalgia por un pasado aldeano que se pierde irremisible bajo el imperio de la técnica, o la irrupción de las multitudes que descalabran la quietud ordenada de una metrópoli en ciernes, se vuelven complemento de las viñetas que remiten a sus lugares de ocio —plazas, lupanares, melancólicos paseos públicos—. Atribulada por la presencia del automóvil o el tranvía, la mirada del paseante solitario se prodiga en conjeturas sobre acuciosos dilemas destinales en los que el cosmopolitismo se conjuga con el centralismo político bajo la sospecha de que un futuro no necesariamente redimido ha de resolverse en ventura o desazón.



L. Lugones.

Leopoldo Lugones – Buenos Aires

Uno de esos últimos compromisos de la tarde, cuya única tiránica futilidad asume carácter de obligación en el atolondramiento de las ciudades populosas, más atareado que el trabajo y más mudable que la inquietud, habíamos acarreado, con el retraso fatal de las citas porteñas… sin carácter íntimo –pues quiero creer que las de esta clase formarán la excepción, aun aquí– el contratiempo de no encontrar comedor reservado en aquel restaurante, un tanto bullicioso, si se quiere, pero que nuestro anfitrión, Julio D., consideraba el único de Buenos Aires donde pudieran sentarse confiados en la seguridad de una buena mesa, cuatro amigos dispuestos a celebrar sin crónica el regreso de un ausente.

(…)

El recién llegado manifestábase más contento que nunca:

—Seña inequívoca de que te volverás pronto —dijo Lemos, empleando, a pesar de una diferencia de treinta años, el tuteo que autorizaba la frescura realmente notable de su interlocutor, con cierta impertinencia de camarada jovial.

—Así ha de ser, mal patriota —recalcó Julio D.

—Cuestión de temperamento. Yo necesito alejarme para querer más a mi patria, como tirando la cuerda se levanta el temple.

—Sin embargo —dije a mi vez— sostienes que Buenos Aires te gusta.

—No cabe duda. He dicho que es una fea digna de ser amada. Pero el amor de las feas es como los cordiales amargos. Exige pequeña dosis y excluye la repetición.

—Celebro el dicho, aunque me parece más ingenioso que aceptable en quien declara, asimismo, que la porteña…

—…Es la más linda de las mujeres. Ah, cierto. De eso podemos estar seguros y orgullosos. Y no lo digo por esta sala demasiado internacional, sino por nuestras reuniones de clase, por nuestro Colón, por Palermo, por las calles, sobre todo, que para encanto de mi vejez se van volviendo todas Floridas…

Y sin recoger nuestra sonrisa ante aquel retruécano en que le despuntaba el vicio impenitente:

—Con todo, prosiguió —resulta curiosísimo este otro aspecto de la ciudad: el cosmopolita. Buenos Aires es, por decirlo así, una encrucijada del universo. Por aquí, malos o buenos, pasan todos los tipos interesantes del mundo, desde Llyod George hasta Bolo Paschá.

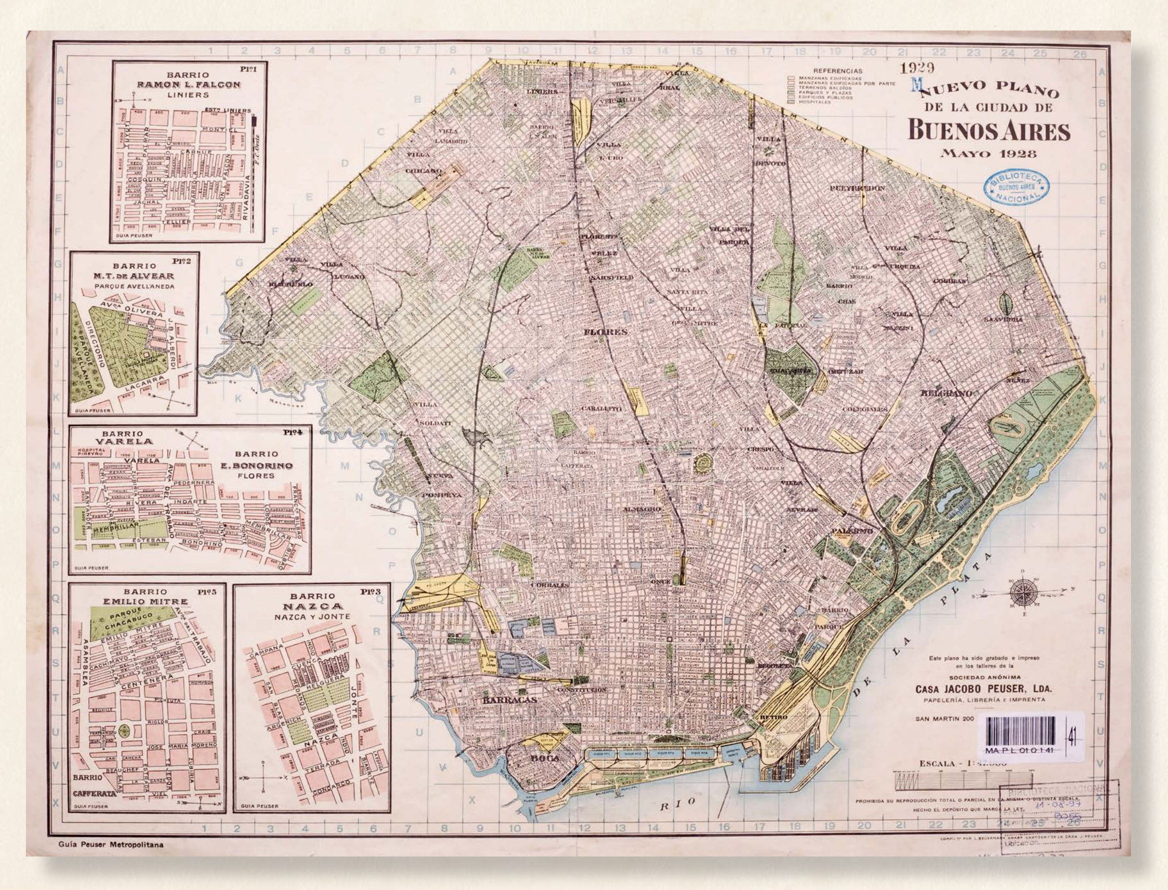
—Todos, en efecto, afirmó Lemos.

—Y si hubieran existido —sonrió Julio D.— el Judío Errante y Don Juan Tenorio...

“El secreto de don Juan”, *Cuentos fatales*, Buenos Aires, Babel, 1924.



Plaza de Mayo y alrededores, 1936
Gelatina de plata de C. Taylor, *Ciudad de Buenos Aires*.



L. Beuermann, *Nuevo plano de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Casa Jacobo Peuser, 1928.



Felisberto Hernández – Montevideo

(…) Los tranvías que van por la calle Suárez —y que tan pronto los veo yendo sentado en sus asientos de paja como mirándolos desde la vereda— son rojos y blancos, con un blanco amarillento. Hace poco volví a pasar por aquellos lugares. Antes de llegar a la curva que hace el 42 cuando va por Asencio y da vuelta para tomar Suárez, vi brillar al sol, como antes, los rieles. Después, cuando el tranvía va por encima de ellos, hacen chillar las ruedas con un ruido ensordecedor. —Pero en el recuerdo, ese ruido es disminuido, agradable, y a su vez llama a otros recuerdos.— También va junto con la curva, un cerco; y ese cerco da vuelta alrededor de una glorieta cubierta de enredaderas de glicinas.

En aquellos lugares hay muchas quintas. En Suárez casi ni había otra cosa. Ahora, muchas están fragmentadas. Los tiempos modernos, los mismos en que anduve por otras partes, y mientras yo iba siendo, de alguna manera, otra persona, rompieron aquellas quintas, mataron muchos árboles y construyeron muchas casas pequeñas, nuevas y ya sucias, mezquinas, negocios amontonados, que amontonaban pequeñas mercaderías en sus puertas. A una gran quinta señorial, un remate le ha dado un caprichoso mordisco, un pequeño tarascón cuadrado en uno de sus lados y la ha dejado dolorosamente incomprensible. El nuevo dueño se ha encargado de que aquel pequeño cuadrado parezca un remiendo chillón, con una casita moderna que despide a los ojos desproporciones antipáticas, pesadas y pretensiosas. Y ridiculiza la bella majestad ofendida y humillada que conserva la mansión que hay en el fondo, tan parecida a las que veía los domingos, cuando iba al Biógrafo Olivos —que era el que quedaba más cerca— y en la época de la pubertad y cuando aquel estilo de casas era joven; y desde su entrada se desparramaba y se abría como cola de novia una gran escalinata, cuyos bordes se desenrollaban hacia el lado de afuera y al final quedaba mucho borde enrollado y encima le plantaban una maceta con o sin plantas —con preferencia plantas de hojas largas que se doblaran en derredor—. (…) Tal vez se llegara a ella, en un vuelo tan alto, como el de las abejas cuando persiguen a su reina. (…)

Pero volvamos al trayecto del 42.

Después que el tranvía pasó, precisamente, por delante del terrenito —remiendo de la mansión señorial—, me quedó un momento en los ojos, con gran precisión, el balanceo de dos grandes palmeras que sobresalían por detrás de la casita —mamarracho— moderna. Y repasando esa fugaz visión de las palmeras, las reconocí y recordé la posición que tenían antes, cuando yo era niño y la quinta no tenía remiendo. (…) Y la pareja de viejas palmeras, movían significativamente sus grandes y melenudas cabezas lacias, como si fueran dos viejos y fieles servidores que comentaran la desgracia de sus amos venidos a menos. Y esta reflexión me vino, recordando cómo significaban la vida las personas de aquel tiempo. Y cómo la reflejaban en su arte, o cómo eran sus predilecciones artísticas. (Pero ahora, en este momento, no quiero engolfarme en esas reflexiones: quiero seguir en el 42).

Después un inmenso y horrible letrero me llamó los ojos. (...)

Tenía tristeza y pesimismo. Pensaba en muchas cosas nuevas y en la insolencia con que irrumpían algunas de ellas. Alguien me hacía la propaganda del sentimiento de lo nuevo —y de todo lo nuevo— como fatalidad maravillosa del ser humano; y me hablaba precipitadamente, concediéndome un instante de burla e ironía para mis viejos afectos.

Por los tiempos de Clemente Colling, Montevideo, González Panizza, s. d.



Avenida 18 de Julio, casi Río Branco, 1940
Gentileza del Centro de Fotografía de Montevideo, Intendencia de Montevideo.



Oficina Nacional de Turismo de Uruguay, *Plano de la parte céntrica de Montevideo*, 1938.



Oswald de Andrade

Oswald de Andrade – San Pablo

SA-LOOM-AY

Los cabarets de San Pablo son lejanos
Como virtudes
Automóviles
Y la intermitente luz inteligente de los caminos
Tan sólo un soldado para policiar mi patria entera

El cri-cri de los grillos orillan organillos
Y los sapos ¡zape! Zapatean sopas
En el silabario oscuro de los charcos
Vocales
Lámparas amparadas
Y surges tú a través de un fox-trot de yerros y leyenda

Delenda linda Salomé
Oh bailarina canalla
Tapizada de moscas ignorantes y de buenas intenciones
La yavá es una polca puerca con polvo azul
Pero el rojo arroja la procesión de cortinas color-de-rosa

-Yo no hago caso
-Yo quiero saber qué cosa es esa de esperar con la pistola en la puerta
-Aquel guarda-espaldas negro soltó el brazo y la mujer se llevó un puntapié
-En la panza
El saxofón obstina un dolor de diente delirante
Que el samba salva
Entre disparos y propinas
Pero el escape abierto escapa
En la noche penitenciaria

-Señor dadnos el pan-de-mijo iluminado de la redención

El río Tieté arrulla rimas de ladrillos
Color-de-agua color-de-rosa

“Memorias sentimentales de Juan Miramar”, *Obra escogida*,
Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.



Vale do Anhangabaú, 1935-1937. Fotografía de Claude Lévi-Strauss
Brasil: de la antropofagia a Brasilia. 1920-1950, Valencia, Institut Valencià d'Art Modern, 2000.



F. Prestes Maia, *Introdução ao estudo de um plano de avenidas para a cidade de São Paulo*,
San Pablo, Companhia Melhoramentos de São Paulo, 1930.



José Carlos Mariátegui – Lima

(…) Me parece útil completar mi tentativa de esclarecimiento del viejo tópico “regionalismo y centralismo”, planteando el problema de la capital. ¿Hasta qué punto el privilegio de Lima aparece ratificado por la historia y la geografía nacionales? (…)

El espectáculo del desarrollo de Lima en los últimos años, mueve a nuestra impresionista gente limeña a previsiones de delirante optimismo sobre el futuro cercano de la capital. Los barrios nuevos, las avenidas de asfalto, recorridas en automóvil, a sesenta u ochenta kilómetros, persuaden fácilmente a un limeño —bajo su epidérmico y risueño escepticismo, el limeño es mucho menos incrédulo de lo que parece— de que Lima sigue a prisa el camino de Buenos Aires o Río de Janeiro. (…)

El optimismo limeño respecto al porvenir próximo de la capital se alimenta, en gran parte, de la confianza de que ésta continuará usufructuando largamente las ventajas de un régimen centralista que le asegura sus privilegios de sede del poder, del placer, de la moda, etc. Pero el desarrollo de una urbe no es una cuestión de privilegios políticos y administrativos. Es, más bien, una cuestión de privilegios económicos.

En consecuencia, lo que hay que investigar es si el desenvolvimiento orgánico de la economía peruana garantiza a Lima la función necesaria para que su futuro sea el que se predice o, mejor dicho, se augura. (…)

Los factores esenciales de la urbe son tres: el factor natural o geográfico, el factor económico y el factor político. De estos tres factores, el único que en el caso de Lima conserva íntegra su potencia es el tercero. (…)

Al echar una ojeada al mapa de cualquiera de las naciones cuya capital es una gran urbe de importancia internacional, se observará, en primer término, que la capital es siempre el nudo céntrico de la red de ferrocarriles y caminos del país. El punto de encuentro y de conexión de todas sus grandes vías.

Una gran capital se caracteriza, en nuestro tiempo, bajo este aspecto, como una gran central ferroviaria. En el mapa ferroviario está marcada, más netamente que en ninguna otra carta, su función de eje y de centro.

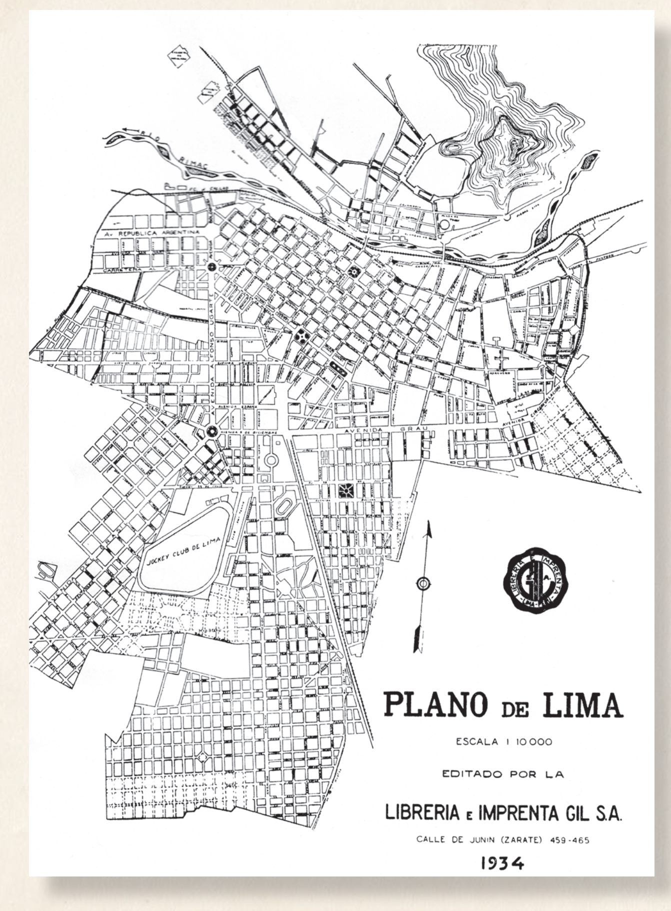
Es evidente que el privilegio político determina, en parte, esta organización de la red ferroviaria de un país. Pero el factor primario de la concentración no deja de ser, por esto, el factor económico. Todos los núcleos de producción tienden espontánea y lógicamente a comunicarse con la capital, máxima estación, supremo mercado. Y el factor económico coincide con el factor geográfico. La capital no es un producto del azar. Se ha formado en virtud de una serie de circunstancias que han favorecido su hegemonía. Mas ninguna de estas circunstancias se habría dado si geográficamente el lugar no hubiese aparecido más o menos designado para este destino. (…)

La formación de toda gran capital moderna ha tenido un proceso complejo y natural con hondas raíces en la tradición. La génesis de Lima, en cambio, ha sido un poco arbitraria. Fundada por un conquistador, por un extranjero, Lima aparece en su origen como la tienda de un capitán venido de lejanas tierras. Lima no gana su título de capital, en lucha y en concurrencia con otras ciudades. Criatura de un siglo aristocrático, Lima nace con un título de nobleza. Se llama, desde su bautismo, Ciudad de los Reyes.

Es la hija de la Conquista. No la crea el aborigen, el regnícola; la crea el colonizador, o mejor el conquistador. Luego, el Virreinato la consagra como la sede del poder español en Sudamérica. Y, finalmente, la revolución de la independencia, movimiento de la población criolla y española —no de la población indígena— la proclama capital de la República. Viene un hecho que amenaza, temporalmente, su hegemonía: la Confederación Perú-Boliviana. Pero este Estado —que, restableciendo el dominio del Ande y de la Sierra, tiene algo de instintivo, de subconsciente ensayo de restauración de Tawantinsuyo— busca su eje demasiado al Sur. Y, entre otras razones, acaso por ésta, se desploma. Lima, armada de su poder político, refrenda, después, sus fueros de capital. (…)

Aunque el centralismo subsista por mucho tiempo, no se podrá hacer de Lima el centro de la red de caminos y ferrocarriles. El territorio, la naturaleza, oponen su veto. La explotación de los recursos de la sierra y la montaña reclama vías de penetración, o sea vías que darán a lo largo de la costa, diversas desembocaduras a nuestros productos. En la costa, el transporte marítimo no dejará sentir de inmediato ninguna necesidad de grandes vías longitudinales. Las vías longitudinales serán interandinas. Y una ciudad costeña como Lima, no podrá ser la estación central de esta complicada red que necesariamente, buscará las salidas más baratas y fáciles.

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana,
Lima, Biblioteca Amauta, 1928.





Vista aérea de Lima y campos aledaños
Aspectos de Lima y sus alrededores, Lima, Incazteca, 1924.

Izquierda. M. M. Valle, *Saneamiento de Lima*, Lima, Gil, 1935.



José Vasconcelos – México

Desde que avistamos el antiguo puente de Tacuba, una sensación de alivio se posó en el ánimo. Por ambos lados, la calzada contenía humano valladar de manifestantes en fiesta; se juntaban detrás de nosotros las dos columnas, y todavía en las bocacalles, formaciones en masa erguían estandartes, se sumaban a nuestra columna interminable. Avanzábamos despacio, saludando sin sonreír. Gesto de luto ensombrecía, debía ensombrecer el rostro de la patria misma. Pronto la mirada no abarcó sino cabezas en avance, por delante y por detrás, multitud silenciosa sobre la cual caía a trechos la bendición femenina de las flores, el confeti, arrojados desde balcones y azoteas, por todo el trayecto prolongado. Al ensancharse el terreno, en la avenida de San Cosme y por Hombres Ilustres, la columna engrosó aún más, porque en cada hueco de jardín o de plaza hallábanse apostadas asociaciones, clubes, público disciplinado, que contribuía espontáneo al esplendor de la increíble demostración.

(…)

El desfile alcanzó su máximo cuando llegamos a la bocacalle del Correo. Desde una esquina, en el balcón del gremio de meseros, resonaron aplausos que confirmaban la adhesión del trabajador. Luego se estrechó la marcha para entrar por Tacuba. A media calle de Tacuba, un grupo de los del gobierno se había instalado en un entresuelo para molestarnos desde los balcones a nuestro paso. Inmediatamente que esto se supo, de la multitud salieron valientes que asaltaron la casa, pusieron en fuga a los esbirros, echaron agua sobre los pisos, arrojaron los muebles por los balcones.

(…)

Dimos vuelta en las Escalerillas, por el costado de Catedral, frente al Monte de Piedad, desbordando por la gentil explanada orgullo de la ciudad vieja. El cortejo bullía de júbilo; flotaban bajo el sol los estandartes, rasgaban el aire los clamores. Y se vio que toda la ciudad tomaba parte de la fiesta, cuando la gruesa, larguísima columna que nos seguía se detuvo imposibilitada de penetrar por la Avenida Madero, a causa de que ésta se hallaba también atestada de gente, ocupados los balcones, decorado el trayecto. Rogando, haciendo señas, nos abrimos paso. (...) En la esquina con Bolívar, en las oficinas del antirreeleccionista, los correligionarios, presididos por el ingeniero Góngora, aguardaban.

(…)

Ya casi sin voz, pero esforzándome, hablé dando las gracias a la ciudad porque una vez más demostraba su apego a las causas elevadas. "Recuerda esta demostración –añadí– la entrada de Madero en 1911; pero hay una diferencia que hace la presente acción popular más significativa: Madero entró victorioso, dueño ya del gobierno; en tanto que ahora, la ciudad respalda una acción militante, perseguida… No hay, pues, un precedente de lo que ahora vemos; no hay caso en la historia de México parecido al actual en que, desafiando el peligro de las ametralladoras, todo el pueblo se alza indignado y decidido. Ahora podrán convencerse los escépticos que el México verdadero está en pie… Mañana los diarios dirán que el desfile de hoy sumó diez mil, veinte mil personas, volved en torno la mirada y decid si hay o no lugar a echar ceros a la cuenta de los falsificadores."

"El proconsulado" ("La capital desborda"), *Memorias II*,
México, Fondo de Cultura Económica, 1982.



Perspectiva de Av. Madero, tomada desde Plaza de la Constitución
Atlas general del Distrito Federal, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930.



Atlas general del Distrito Federal, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930.



Fernando Pessoa – Lisboa

Amo, en las lentas tardes del verano, el sosiego de la parte baja de la ciudad, y sobre todo ese sosiego que el contraste acentúa allí donde, durante el día, Lisboa se hunde en el bullicio. La Rua do Arsenal, la Rua da Alfândega, la prolongación de las calles que se extienden tristes hacia el este desde el sitio donde cesa la Rua da Alfândega, toda la línea fragmentada de los diques mudos —todo eso acuna mi alma en la tristeza, si me sumo, en estas tardes, a la soledad del conjunto. Vivo en una era anterior a la que vivo; gozo sintiéndome coetáneo de Cesário Verde, y tengo en mí, no otros versos como los suyos, sino la misma sustancia de los versos que fueron suyos. Por allí arrastro, hasta que cae la noche, una sensación de vida parecida a la de esas calles. De día las colma un bullicio que no quiere decir nada; de noche, una falta de bullicio que no quiere decir nada. Yo de día soy nulo, y de noche soy yo. No hay entre mi persona y las calles que corren paralelas a la Aduana ninguna diferencia, salvo el hecho de que ellas son calles y yo un alma, lo que bien puede no significar nada a la luz de la esencia de las cosas. Hay un destino idéntico, porque es abstracto, para los hombres y para las cosas —una designación igualmente indiferente en el álgebra del misterio.

Pero hay algo más… En estas horas lentas y vacías, asciende de mi alma a mi mente una tristeza que es la de serlo todo, una amargura de serlo todo junto, una sensación de ser yo y a la vez algo externo, que no está en mis manos alterar. ¡Ah, cuántas veces mis propios sueños se alzan convertidos en cosas, no para substituirme la realidad, sino para confesarme que ellos son sus pares en eso de que yo no los quiera, en eso de que yo los sienta venirse sobre mí como venidos de afuera, como el tranvía que da vuelta en la última curva de la calle, o la voz del mercachifle nocturno de no sé qué cosa, que se recorta de pronto, con su tonada árabe, como un chorro súbito, contra la monotonía súbita del atardecer!

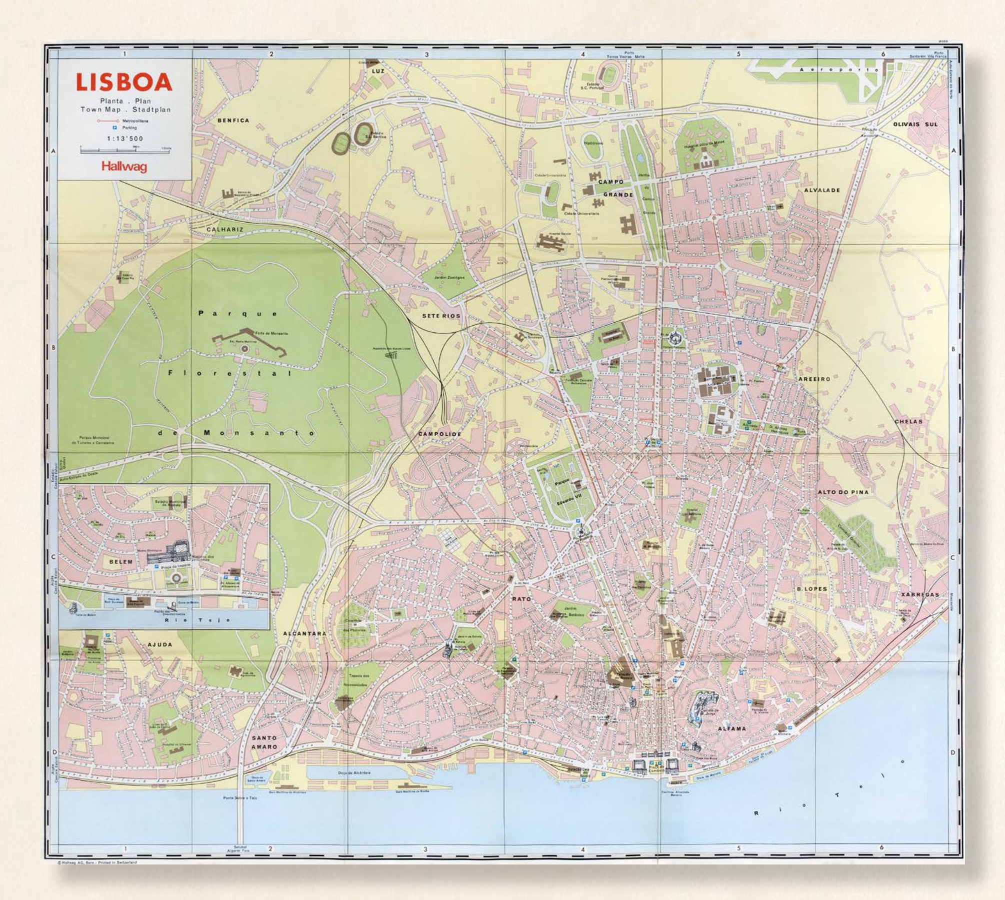
Pasan futuras parejas, pasan de a pares las costureras, pasan muchachos ávidos de placer, fuman en su paseo de siempre los reformadores de todo, apostados en las puertas de sus negocios, en poco se fijan los vagos inmóviles que son sus dueños. Lentos, robustos y frágiles, pasan los reclutas, sonámbulos en manadas de pronto ruidosas, de pronto más que ruidosas. Brota, cada tanto, gente normal. A esta hora los automóviles no son allí muy frecuentes; ellos sí que son musicales. En mi corazón hay una paz de angustia, y mi sosiego está hecho de resignación.

Pasa todo lo que por allí pasa y nada de lo que pasa por allí me dice nada. Todo es ajeno a mi destino, ajeno incluso al destino como tal –inconsciencia, rictus de contrariedad dibujándose ante el desatino de los hechos, cuando el azar pone piedras en el camino, ecos de voces incógnitas– , ensalada colectiva de la vida.

Libro del desasosiego. Compuesto por Bernardo Soares auxiliar de tenedor de libros en la ciudad de Lisboa, Buenos Aires, Emecé Editores, 2001.



Rua do Arsenal
Fernando Pessoa en palabras y en imágenes, Madrid, Ediciones Siruela, [1995].



Lisboa, Berna, Hallwag, s. d.

Leopoldo Lugones

Primogénita ilustre del Plata,
En solar apertura hacia el Este.
Donde atado a tu cinta celeste
Va el gran río color de león.

“A Buenos Aires”, *Odas seculares,* Buenos Aires, Arnoldo Moen & Hno., 1910.

Felisberto Hernández

Ahora recuerdo un lugar por el cual pasa el 42 a toda velocidad. Es cuando cruza la calle Gil. Una de sus larguísimas veredas me da en los ojos un cimbronazo giratorio. En esa misma vereda, cuando yo tenía unos ocho años se me cayó una botella de vino; yo junté los pedazos y los llevé a casa, que quedaba a una cuadra. En casa se rieron mucho y me preguntaron para qué la había llevado, qué iba a hacer con ella. Este sentido lógico era muy difícil para mí —todavía lo es— porque ni siquiera la llevé para comprobar que la había roto, puesto que me habrían creído lo mismo. En una palabra, no sé si la llevé para que la vieran o para qué.

Por los tiempos de Clemente Colling, Montevideo, González Panizza, s. d.

Oswald de Andrade

La ciudad de San Pablo en Sudamérica no era un libro que tuviera cara de alimañas extrañas y animales de historia.
Sólo en noches de estío de festíos de grillos simulacraban campo aviatorio con los berridos del invencible San Vito las cucarachas turbias del comedor.

“Memorias sentimentales de Juan Miramar”, *Obra escogida*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981.

José Vasconcelos

No era la primera vez que entraba en la capital y, sin embargo, el corazón me latía con fuerza a medida que el conductor anunciaba las estaciones (…) ¡Por fin, la capital! Y el frío y la zozobra encogían mis nervios. (…) Era yo uno más que se sumaba al medio millón de habitantes. ¿Me tragaría la ciudad como a tantos que disuelve en su vientre insaciable, minados por la enfermedad, el infortunio y la miseria? ¿O sería, según lo sospechaba, de los llamados a sacudirla y conmoverla?

"El estudiante", *Ulises criollo*, México, Ediciones Botas, 1937.

José Carlos Mariátegui

En el Perú, el Cuzco, capital del Imperio inkaico, perdió sus fueros con la conquista española. Lima fue la capital de la Colonia. Fue también la capital de la Independencia, aunque los primeros gritos de libertad partieron de Tacna, del Cuzco, de Trujillo. Es la capital hoy, pero ¿será también la capital mañana? He aquí una pregunta que no es impertinente cuando se asciende a un plano de atrevidas y escrutadoras previsiones. La respuesta depende, probablemente, de que la primacía en la transformación social y política del Perú toque a las masas rurales indígenas o al proletariado industrial costeño. El futuro de Lima, en todo caso, es inseparable de la misión de Lima, vale decir de la voluntad de Lima.

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Lima, Biblioteca Amauta, 1928.

Fernando Pessoa

Sin duda en algún otro lugar es donde se pone el sol. Pero hasta desde un cuarto piso abierto a la ciudad podemos pensar el infinito. Un infinito con tiendas debajo, ciertamente, pero con estrellas al fin. Es lo que me sucede en este acabar de tarde, asomado a la alta ventana, insatisfecho del burgués que no soy y triste por el poeta que nunca podré ser.

Poesía. Fernando Pessoa en palabras y en imágenes, Madrid, Ediciones Siruela, 1995.



11
12
13
14
15
FLORES
VELEZ
SARSFIELD
CABALLITO
ALMAGRO
ONCE
CONSTITUCION
RIO
CAMPO
GRANDE
ALFAMA
RIMAC
CLUB DE LIMA
PARQUE
J. BATLLE
Y ORDOÑEZ
HOSPITAL MILITAR
BULEVAR ARTIGAS
AVENIDA
AV. RICALDONI

Curaduría e investigación
Patricia Castro y Cecilia Larsen
Con la colaboración de Verónica Gallardo
Área de Investigaciones Bibliohemerográficas

Agradecimientos
Por su colaboración en la presente muestra, la Biblioteca Nacional agradece especialmente a Walter Diconca, de la Fundación Felisberto Hernández (Montevideo), a Gabriel García y Daniel Sosa, del Centro de Fotografía de Montevideo, y a Marina Garone Gravier, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México y a Guillermo David.

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Director
Horacio González

Subdirectora
Elsa Barber

Directora del Museo del libro y de la lengua
María Pia López

Directora Técnico Bibliotecológica
Elsa Rapetti

Director de Administración
Roberto Arno

Director de Cultura
Ezequiel Grimson



Mayo – Junio 2015
Sala Leopoldo Lugones

Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina
Agüero 2502 | Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gov.ar